

El almirante Cervera
Un marino ante la historia

JOSÉ CERVERA PERY

El almirante Cervera

Un marino ante la historia

SEKOTIA

Con el apoyo de



ASOCIACIÓN
FAMILIA
CERVERA

© José Cervera Pery, 2021

© a la edición Editorial Sekotia, S.L., 2021

Primera edición: 1998

Segunda edición: 2007

Tercera edición: julio de 2021

WWW.SEKOTIA.COM

EDITOR: HUMBERTO PÉREZ-TOMÉ ROMÁN

COLECCIÓN BIBLIOTECA DE HISTORIA • BIOGRAFÍA

Corrección y maquetación de REBECA RUEDA

Fotografías del Fondo Histórico y Legado de la Familia Cervera (Archivo Almirante Cervera) de
ÁNGEL LUIS CERVERA FANTONI

«Está prohibida su reproducción por cualquiera que sea su proceso técnico, fotográfico o digital, sin permiso expreso de los propietarios del copyright. La Ley de Propiedad Intelectual, aprobado por Real Decreto Legislativo 1/1996, de 12 de abril atribuye al autor y a otros titulares la disposición y explotación de sus obras y prestaciones. Si usted, consciente o inconscientemente, permite que este producto sea divulgado en otra persona o personas diferentes a usted, debe saber que incurre en un delito tipificado por la Ley y que está permitiendo que otros se apropien de algo que no es suyo y por lo tanto es cómplice de un robo intelectual e industrial. Ser dueño de un ejemplar físico o electrónico de una obra no le convierte en dueño del contenido de esa obra. Existen claros límites en cuanto a lo que puede y no puede hacer con estos productos.»

Imprime: Romanyà Valls

ISBN: 978-84-18757-46-4

Depósito legal: CO-570-2021

Hecho e impreso en España-*Made and printed in Spain*

*A mis primos Pascual Cervera de la Chica y Ángel Luis Cervera Fantoni,
con quienes tuve el privilegio de presenciar y compartir la emoción, en el
acto de homenaje que las Fuerzas Armadas cubanas, rindieron al almi-
rante Cervera y los marinos de su escuadra, en la fortaleza y castillo del
Morro en Santiago de Cuba a los cien años del sacrificio impuesto.*

Índice

<i>A modo de introducción: ¿por qué se escribe este libro?.....</i>	11
I. Antecedentes familiares: Influencias vocacionales	13
II. Años de juventud: Cuba y Filipinas	25
III. La Revolución del 68 y la Marina: El papel de Cervera.....	41
IV. La lucha sorda de las Antillas: Armas y filibusteros	51
V. La República y los cantonales: La descomposición de la Armada.....	59
VI. De nuevo Filipinas: Patean, Tawi-Tawi y Joló.....	81
VII. La monarquía restaurada: La cuestión y el mando del Pelayo	105
VIII. Cordones para una reina.....	119
IX. De los planes navales a la Ley de Escuadra: Los Astilleros de Nervión	125
X. Gestión ministerial: Los entresijos de la política	141
XI. Comisión de Marina en Londres: De nuevo La Carraca	155
XII. La Escuadra de Operaciones: Una misión imposible	165
XIII. Derroteros hacia la guerra.....	181
XIV. Un Trafalgar de fin de siglo.....	199
XV. Entre el honor y la injusticia	221
XVI. Los últimos servicios de un gran servidor	233
XVII. Un marino ante la historia.....	243
 <i>Fuentes documentales.....</i>	253
<i>Apéndices documentales.....</i>	257
<i>Bibliografía.....</i>	295
<i>La obra de José Cervera Pery.....</i>	297

A MODO DE INTRODUCCIÓN

¿Por qué se escribe este libro?

Este libro se escribe y publica en 1998, el año en el que se conmemora el centenario del llamado «desastre del fin de siglo», y que ya ha producido no poca literatura a su alrededor. Pero se echaba en falta la biografía del almirante Pascual Cervera Topete, uno de los principales protagonistas, y no por su gusto precisamente, de aquel desgraciado suceso del combate de Santiago de Cuba.

En realidad es bastante poco lo que se ha escrito sobre el personaje en toda su dimensión, tan sugestivo en valores y alcances, puesto que la mayor parte de las referencias se concretan en su actuación tan valorada como discutida, al frente de la Escuadra de Operaciones de las Antillas. Sigue haciendo falta por tanto el estudio objetivo, sereno y hasta crítico de la vida y la obra del almirante Cervera, porque abierto el camino de las nuevas investigaciones, y ya desde la perspectiva de cien años, exigen nuevos planteamientos.

El padre Vicente Risco, tan identificado con la familia Cervera, escribió recién fallecido el almirante sus *Apuntes biográficos*, que eran mucho más que eso, para lo que contó con casi toda la documentación que la familia le suministró. Es sin duda un buen libro, pero se basó más en la anécdota que en la substancia, y aun esta con matices de tanta riqueza no siempre estuvo bien interpretada. Bastantes

años más tarde, quien esto escribe también aportó su granito de arena al mejor conocimiento de la figura de Cervera en el libro *El almirante Cervera: Vida y aventura de un marino español*, si bien se dejó llevar por un triunfalismo ingenuo que complació sin dudas a jóvenes y entusiastas mentalidades, pero que tampoco terminó de redondear cuanto exige el personaje y su circunstancia también excesivamente adjetivada en este intento.

La oportunidad del momento y las injustas apreciaciones que de su conducta, intachable en todo momento, se vienen formulando últimamente me animan a sacar este libro que sigue siendo la biografía de un marino singular que despierta interés y curiosidad no exenta de admiración, aun dentro de la polémica y la discrepancia. He trabajado sobre fuentes documentales tan esenciales como asépticas, y he procurado ceñirme en todo a la verdad histórica, aunque ella en ocasiones no deje de tener aspectos poco gratos para quien la invoca.

Ojalá que este libro, también un poco hijo de las prisas, ayude a clarificar cuanto de bueno y destacable tiene la persona de Pascual Cervera, rescatándolo de un olvido injusto, y enmarcándolo, con sus virtudes y sus defectos, en el entorno histórico que le corresponde, sin alardes innecesarios, pero también sin abdicaciones injustificadas.

No ha de ser —bien lo sabemos— el libro definitivo que defina las constantes y vibraciones de este hombre de acción y de estudio, que hizo del cumplimiento del deber, por ingrato que fuera, la razón de su vida, pero al menos servirá para mostrar una trayectoria definida, que desde el marco de la investigación histórica, hoy tan accesible a todos, otros puedan completar y mejorar...

I.

ANTECEDENTES FAMILIARES: INFLUENCIAS VOCACIONALES

En la noble e hidalga ciudad de Medina Sidonia¹ viene al mundo Pascual Cervera Topete el 10 de febrero de 1839, hijo legítimo de don Juan Bautista Cervera y Ferreras y doña Rosario Topete Peñalver, siendo bautizado en la iglesia de Santa María Coronada y apadrinado por su abuelo don Pascual Jaime Cervera y Aguilar y la hermana del recién nacido, Joaquina, que lo tuvo en sus brazos. Es el séptimo hijo de un matrimonio muy arraigado en aquel término municipal en el que poseen tierras de labor y cortijos propios, pero sin ninguna ascendencia marinera. No obstante, dos hermanos anteriores de Pascual, Juan y Antonio, vestirán el botón de ancla, y los que lo siguen, Joaquín y Vicente, escogerán la misma suerte. Se

1 Medina Sidonia pertenece al municipio de Cádiz, de cuya capital dista 46 kilómetros. Situada a trescientos metros de altitud, la extensión de su término es de 546,44 km cuadrados. Su población ha aumentado considerablemente en los últimos tiempos. Es partido judicial y en su patrimonio histórico se conservan importantes monumentos, como la iglesia de Santa María la Coronada (siglo XVI), donde fueron bautizados los principales miembros de la familia Cervera. A pesar de su raigambre campesina y labradora, Medina Sidonia fue también cuna de notables marinos y los apellidos de Butron, Apodaca, Villavicencio, Pardo de Figueroa, Pareja y Montes de Oca se encuentran muy arraigados en la ciudad.

constituye así por acusadas influencias vocacionales el tronco de la gran familia marinera de los Cervera, cuyas ramas se extienden a nuestros días en frondoso muestrario.²

El entronque andaluz de la familia Cervera se produce tras la llegada de don Juan Bautista Servera (siempre firmó con «S») y Signes, obispo de Canarias y Cádiz, de benemérita memoria, y que al ser designado para la mitra de esta última ciudad, llevó a su sobrino Pascual Cervera y Aguilar como administrador de diezmos de Medina Sidonia, y al matrimoniarse con doña Leonor Ferreras y Montes de Oca, de acrisolada familia asidonense, se constituye la rama andaluza, que va a tener su continuación y consolidación en el único hijo del matrimonio, Juan Bautista Cervera y Ferreras, que forma hogar con doña Rosario Topete Peñalver, natural de Villamartín y directamente emparentada con la famosa saga de los Topete marinos, oriundos de Morón de la Frontera.

Don Pascual Cervera y Aguilar fue recibido como hidalgo en Medina Sidonia el 22 de junio de 1801 y nombrado maestrante de Ronda en 1806. De su carácter se conservan pocos antecedentes escritos, pero la tradición familiar lo ha señalado como enérgico, severo, algo altanero, muy activo, inteligente y culto, independiente e individualista como buen levantino. Poco después de instalarse en Medina contrajo matrimonio (12 de octubre de 1787) con la ya citada doña Leonor Ferreras y Montes de Oca, y este acto celebrado con solemnidad es el primero que aparece inscrito en el archivo de Santa María la Coronada, por lo que puede figurar por derecho propio como el primer asiento de la familia en Andalucía.

La personalidad social de don Pascual Jaime destacó con la progresiva influencia adquirida en los negocios agrícolas que incre-

2 Los orígenes de la familia Cervera son catalanes. Su fundador, Yolt o Galceran, se instaló en Cataluña tras defenderla de los ataques moros. El primer Cervera catalogado (1.ª generación) fue Dalmacio Cervera, del año 1069; el siguiente fue Ramón de Cervera, enterrado en el monasterio de Poblet en 1186. Siguieron tres Guillén de Cervera; el de la sexta generación, Jaime Cervera, se estableció en Mallorca; pasaron las generaciones y Juan Cervera (de la 15), casado con Catalina Cerdá, de noble familia alicantina, se estableció en la zona de Denia (Alicante) aproximadamente en el año 1640.

mentó con tenacidad y buen sentido comercial. Bastantes años después de su muerte todavía existía su pequeño caserío, remedo de barraca valenciana, alzado en homenaje y recuerdo de sus ancestros levantinos, y sus contemporáneos conocieron el auge y esplendor de aquella casa y del claro talento para regirla. Poco tiempo después de casarse su hijo Juan Bautista, trasladó su domicilio a Puerto Real (la otra ciudad gaditana tan vinculada a la familia) huyendo de las empinadas cuestas de Medina Sidonia, a las que el peso de los años no le permitía afrontar. En Puerto Real murió doña Leonor, su esposa, el 12 de enero de 1833. Continuó viudo casi veinte años, confortado por su profunda fe cristiana, y falleció el 17 de 1853 a los 96 años de edad. Todos los Cervera de la primera generación de marinos llegaron por tanto a conocer a su abuelo, fundador y patriarca de la rama andaluza de la familia.

Único hijo del matrimonio de don Pascual Jaime y doña Leonor fue don Juan Bautista Cervera y Ferreras, nacido en Medina Sidonia y bautizado también en Santa María la Coronada. Educado en el ambiente severo de aquella nobleza asidonense con la que adquiere lazos de amistad que más tarde se convertirán en parentesco, su carácter se forma en las normas morales de aquella sociedad. Al producirse los sangrientos sucesos del 2 de mayo de 1808 y con catorce años solamente, solicita permiso de su padre para ocupar algún puesto en la lucha por la independencia nacional y haciendo valer su derecho de nobleza obtiene los cordones de cadete en el Regimiento Principal de Jerez de la Frontera, al que se alistaba para incorporarse a las fuerzas del general Castaños. Estuvo por tanto en la batalla de Bailén, donde también combatieron otros Cervera de las ramas alicantinas y valencianas, y continuó en el ejército del centro después de aquella memorable victoria.

El joven Juan Bautista alcanzó el grado de subteniente y asistió a numerosas acciones de guerra en una de las cuales cayó prisionero de los franceses que lo encuadraron en una expedición para internarlo en Francia. Tenía 16 años, y los prisioneros atravesaban gran parte de España brutalmente conducidos por los caminos del norte con órdenes terminantes de fusilar a los que se cansaran y no pudie-

ran continuar viaje. El joven Juan Bautista intentó la fuga y en un momento de descuido de sus vigilantes se escondió en la maleza del camino, pero fue sorprendido por un oficial de la caballería francesa, que, quizá compadecido de su corta edad, lo tomó a la grupa de su caballo y lo incorporó nuevamente a la conducción sin mencionar palabra de su intento escapatorio.³

Nada ocurrió hasta alcanzar los límites de Navarra, región dominada por José Bonaparte que se dirigía hacia Madrid. Hizo alto el convoy de prisioneros, y se aflojó la vigilancia sobre los mismos. Para el descanso fueron divididos en grupos de diez, con orden de presentarse a la revista de la puesta del sol, previniéndoseles de que, por cada uno que faltara a la lista, se fusilarían dos del grupo sacados a suerte. Y como quiera que una tarde faltaran siete del de Cervera, los restantes y él mismo decidieron fugarse, porque entre la muerte segura a manos del francés y la probable aunque remota libertad, alcanzando las lejanas líneas de los patriotas o algunas de las guerrillas que operaban en Cataluña, Castilla o Andalucía, no era dudosa la elección. Caminando por senderos desviados y evitando encuentros con los franceses que se batían en franca retirada, generalmente a pie o en algún carro de labranza, por la caridad de algún arriero, el grupo se disolvió y Juan Bautista consiguió llegar tras varios meses a los alrededores de Medina Sidonia y se escondió en el cortijo del Turujal de la casa de labranza de su padre.

En aquellos momentos —sitio de Cádiz— el general francés Cassagne se encontraba con su división en Medina Sidonia convertida en cuartel general de las fuerzas francesas de aquel sector de operaciones, siendo alojado el propio general en la casa de don Pascual Jaime. Y sea por alguna imprudencia del joven escondido o porque el servicio de información francés funcionaba bien, Cassagne supo de la presencia en aquellos alrededores de Juan Bautista, e invitando a su padre a dar un largo paseo, le explicó la situación en términos convincentes.

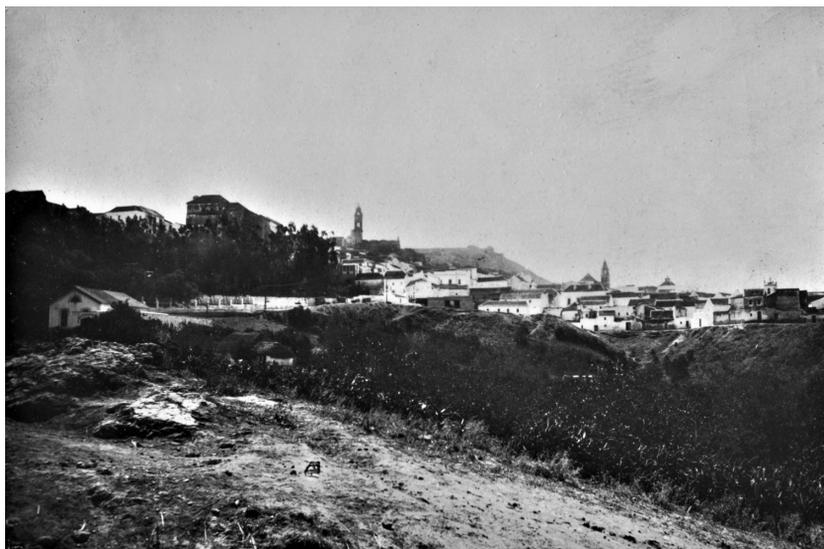
3 Se hicieron gestiones por don Pascual Jaime para averiguar el nombre de tan generoso protector, pero no pudo conseguirse.

Un hijo suyo está escondido en una de las fincas del término; mañana voy a mandar que las registren y sentiría muchísimo pagar la buena acogida que usted me ha dispensado, si tengo que cumplir órdenes severísimas sobre los prisioneros.

Don Pascual Jaime captó el mensaje; envió a un propio con un buen caballo al cortijo y Juan Bautista pudo incorporarse a las fuerzas españolas que estaban observando frente a Cádiz la retirada del mariscal Víctor, huyendo de un segundo Bailén. Así escapó de la muerte y terminó su participación en aquella guerra el subteniente Juan Bautista Cervera y Ferreras. El 30 de mayo de 1815, quebrantada su salud a cuenta de las penalidades sufridas, con 21 años y con plena conciencia de haber cumplido con la patria, solicitó el retiro que le fue concedido «habida cuenta de la edad de su padre y de ser hijo único», conservándole el grado de subteniente y jurisdicción militar.

Una vez libre de las obligaciones militares, y expulsados los franceses de tierra española, Juan Bautista Cervera se dedicó por completo a las labores del campo, cultivando cortijos propios (Palmosa, Turujal, Alberite) y otros en arrendamiento, como Valsequillo en Medina Sidonia y el Pinganillo, en términos de Villamartín. En nueve años acrecentó su caudal hasta el punto de quedar en posición muy desahogada cuando separó sus negocios de los de su padre, por el retiro de este a Puerto Real, aumentando la riqueza de aquella casa con importantes fincas parafernales, en cuyo ambiente se van criando y formando los hijos del matrimonio. Al gran corazón y carácter enérgico de don Juan Bautista, corresponde la virtud de doña Leonor poseedora de una gran cultura que llamó la atención en los círculos más ilustrados. Y aunque educados sus numerosos hijos desde parámetros morales de profunda religiosidad, todos desempeñaron su papel en el mundo, en los ambientes castrenses u hogareños fuera del sacerdocio o del claustro.⁴

4 Las sucesivas generaciones aportaron ya un buen número de religiosos y sobre todo religiosas.



Vista general de Medina Sidonia tomada desde la entrada por la carretera de Chiclana.



Casa donde nació Pascual Cervera en 1839. Calle Ntra. Sra. de la Paz (antes Ancha), n.º 11, en Medina Sidonia.

Don Juan Bautista vivió casado en Medina Sidonia y ya separado de su anciano padre hasta el 20 de septiembre de 1855 en que falleció. A su muerte todos sus hijos eran menores de edad, por lo que fue doña Leonor la que tuvo que guiarlos y encauzarlos en esa educación que demuestra la firmeza de su carácter.

Don Juan Bautista desempeñó en Medina Sidonia importantes cargos, favoreciendo a su pueblo cuanto pudo y sin mezclarse en las cuestiones políticas que agriaban las relaciones sociales de las luchas de clases. Rechazó toda relación de partido y no disimuló su aversión al lujo o al relumbrón. Fue sencilla y simplemente un acaudalado labrador y un hombre de bien.

A la muerte de don Juan Bautista quedaban nueve hijos bautizados también en Santa María la Coronada de Medina Sidonia, Joaquín, José, Leonor, Juan, Antonio, Pascual, Vicente y María, todos menores de edad menos los dos primeros, bajo la tutela y firme dirección de su madre, quien, además de la formación familiar que había iniciado su marido, administró la hacienda común con energía, sin permitir que en las funciones de sus responsabilidades se inmiscuyeran ni aun los hijos que alguna vez pretendieron dirigirla. Falleció doña Rosario el 16 de febrero de 1864 conservándose los restos junto a los de su marido en el cementerio asidonense.

Es difícil entender cómo de una absoluta ausencia de antecedentes familiares marinos surgieran tantas vocaciones mantenidas. Es evidente que el mar desde siempre ha ejercido una fascinación natural entre la juventud costera, pero Medina Sidonia es un pueblo de tierra adentro, alto, afilado y serrano, donde todavía las águilas baten su vuelo majestuoso a la caída de la tarde y se desgarran el sol, lentamente entre los peñascales. Desde su altura sin embargo se ve el mar gaditano y hasta pueden cargarse las pupilas de un aire levemente salobre. Lo cierto es que en Medina, con independencia de los Cerveras, han proliferado también otras familias marineras: los Villavicencio, Montes de Oca, Pareja, Butrón, Pardo de Figueroa, Apodaca... La ciudad cortijera y labradora se inviste así de una amplia nómina de aquellos de sus hijos que hicieron de la mar su profesión de fe y su razón de vida. Y los recuerda con bien motivado orgullo.

Pero las influencias vocacionales, es decir, la atracción que a los Cervera del siglo XIX produjo la Marina, surgen de los contactos con la familia de los abuelos Topete, tan firmemente enraizada con el acontecer naval.

Todos los años —dice el almirante Juan Cervera Valderrama— se trasladaba la familia a Villamartín donde pasaban larga temporada con los abuelos Topete. La expedición a través de caminos inseguros, formando vistosa caravana; señores, sirvientes, camperos, y gente armada para la seguridad se hizo famosa en la comarca. Caballeros en sendos potros, las señoras en buenas amusgas sobre bien enjaezados mulos; los criados llevando a las mozas a la grupa, impedimenta en serones, con lindos caireles y algún carro para transporte, y el capellán de la casa que celebraba misa en los lugares donde pernoctaban, generalmente en un cortijo de labranza.

Cuando al final rendían viaje, tras los saludos y ajetreos del nuevo acomodo en otra vieja casa señorial, los Cervera más jóvenes disfrutaban y admiraban las hazañas y gestas de sus parientes Topete, y explica perfectamente el fenómeno de la transformación de ideales, incubando en la imaginación de los jóvenes las relaciones marineras de aquella saga de ilustres marinos comenzada en el siglo XVIII y que hicieron sus primeras armas en las luchas que ensangrentaron el reinado de Carlos III. Así don Ramón Topete y Fuentes sentó plaza en la Real Compañía de Guardiamarinas de Cádiz el 20 de marzo de 1759 y llegó a ser jefe de escuadra. Su hermano menor, don Juan de Dios, ingresó en la Compañía de Guardiamarinas de Ferrol el 30 de octubre de 1772, fue segundo comandante del navío Terrible en la batalla de Trafalgar y murió con el empleo de teniente general mandando el Departamento Marítimo de Cádiz. Don Ramón tripuló las baterías flotantes que sitiaron Gibraltar, fue el héroe de Brión en la defensa brillante de Ferrol contra los ingleses y falleció con el empleo de jefe de escuadra, comandante general de los regimientos de Infantería de Marina. Don Juan de Dios fue protagonista destacado de la guerra de la Independencia interviniendo muy directamente en la rendición de los buques del almirante Rosilly en Cádiz

en 1808. Compartió el mando con don Cayetano Valdés de las fuerzas sutiles que defendían la isla gaditana hasta enero de 1811 que se encargó de la comandancia del Arsenal de La Carraca, destino en el que obtuvo por sus servicios la Cruz Laureada de Marina. También rechazó los ataques de los franceses y continuó en la defensa del puesto hasta octubre de 1812. Tuvo después otros destinos falleciendo de teniente general «en el ejercicio de sus altas funciones» en San Fernando. El marino historiador Pavía dice que dejó en la Marina el recuerdo de uno de sus más esforzados oficiales.

Hijo de don Ramón, fue el primer Juan Bautista Topete que, después de pasar por todos los cargos y destacar en las guerras de separación americanas, desempeñó el Ministerio de Marina en un gabinete Narváez en 1847, falleciendo un año después. Don Juan Bautista estuvo largo tiempo en los servicios navales del virreinato de Méjico, donde matrimonió con doña Clara Carvallo, de quien tuvo tres hijos varones que ingresaron en la Marina y dos hembras que también se casaron con oficiales de la Armada: los tres varones alcanzaron el almirantazgo. Don Ramón prestó destacados servicios y murió de capitán general del Ferrol, don Juan Bautista, brigadier, es el alma de la Revolución de 1868, la llamada «Gloriosa». Don Ángel murió en Sanlúcar de Barrameda, con el empleo de contralmirante en la reserva.⁵

La saga de los Topete quedaba así en la mente de los Cervera, aureolada de un hálito de heroísmo romántico. En medio de todas las adversidades en confusas épocas, en un país desorganizado con dotaciones insuficientes para mantener una Marina en un mínimo decoro, ha de sobresalir el valor personal, la capacidad de sacrificio, la entrega disciplinada de quienes la sirvieron con lealtad, devoción y derroche generoso de esfuerzos. Todo ello fue consubstancial a los Topetes y prendieron en el ánimo de los Cervera, que, alucinados por el afán de aventuras, dejaron la afición a los negocios del

5 En 1995 se publicó por el Ministerio de Defensa mi libro sobre el almirante Topete, *Juan Bautista Topete; un almirante para la revolución*. A él remito gustoso al lector que quiera conocer más noticias de tan sugestivo personaje.

campo, las caballadas y su abolengo terrestre para lanzarse a la vida del mar, donde esperaban cosechar éxitos y laureles a tono con su entusiasmo de juventud. Y en los escalafones de la Armada figuraron, con no idéntica trayectoria, los nombres de Juan, Antonio, Pascual, Joaquín y Vicente Cervera Topete, que a su vez y en sucesivos entroncamientos darán un numeroso plantel de descendientes igualmente marinos, muchos de ellos de brillantísima hoja de servicios.⁶

Pascual Cervera Topete —nuestro biografiado— es el tercero de los hermanos que viste el uniforme del botón de ancla, por lo que en esta revisión de antecedentes solo haremos referencia a los dos anteriores, Juan y Antonio, aunque seguimos insistiendo en que la continuidad se verá asegurada en sus otros hermanos menores, Joaquín y Vicente, que también darán hijos a la institución.

Juan Cervera Topete había nacido el 24 de marzo de 1834 (era por tanto cinco años mayor que Pascual) y a los quince años ingresó en el Colegio Naval Militar de San Fernando poco tiempo después de haberse inaugurado. Cursó sus estudios con aprovechamiento y de guardiamarina embarcó en la corbeta Villa de Bilbao trasbordando a la fragata Perla con destino a la escuadra de las Antillas. Llegó a La Habana el 22 de abril de 1853 y al poco tiempo murió del vómito negro que infectó al buque. Tenía solamente veintidós años, por lo que todas sus ilusiones y proyectos quedaron truncados a su muerte.

Antonio Cervera Topete nació el 12 de julio de 1836 (casi tres años mayor que Pascual). Joven de claro talento y estudioso, también ingresó en el Colegio Naval Militar de San Fernando. Nombrado brigadier de su curso a pesar de su corta edad, el 12 de enero de 1854, terminados con aprovechamiento sus estudios y ya guardiamarina, embarca en el navío Francisco de Asís, en el que navega por las costas de España y lo dedican a trabajos hidrográficos a

6 Sin embargo, el primogénito de los Cervera Topete, don José, bisabuelo del autor de este libro, se dedicó a atender los negocios familiares en los que estuvo asociado durante algún tiempo con doña Leonor, su madre.

tono con su aptitud. Ascende a alférez de navío y embarca en la goleta Buenaventura poco antes de declarar la guerra al sultán de Marruecos, por lo que comienza la campaña en la División Naval de don Segundo Díaz Herrera (donde también está su hermano Pascual de guardiamarina), pero tiene que desembarcar en Málaga pocos meses más tarde, herido de muerte por un rápido proceso tuberculoso que no se pudo dominar a pesar de haberle procurado la tranquilidad de un destino científico en el Observatorio de San Fernando. Murió en Medina Sidonia el 5 de agosto de 1860.

Puede decirse que a la tercera va la vencida, pues el tercero de los marinos, Pascual, superó todas las previsiones y expectativas que hubieran podido preestablecerse sobre su conducta, en una dilatada trayectoria profesional que enalteció su hoja de servicios. La fidelidad documental y el copioso bagaje de distinciones y condecoraciones no dejan lugar a dudas. Ciertamente es que no todos los pasajes de su vida militar y naval fueron reconfortantes, pero en todos supo imprimirle el más exigente servicio del cumplimiento del deber a ultranza. Y no es menos cierto que en este devenir histórico, más que los antecedentes familiares, contaron las influencias vocacionales.

II. AÑOS DE JUVENTUD: CUBA Y FILIPINAS

Doce años llevaba interrumpida la enseñanza naval militar, hasta que el 1 de enero de 1845, y siendo ministro de Marina don Francisco Armero, se inauguró el Colegio Naval Militar para que los aspirantes a vestir el botón de ancla pudieran cursar en él los estudios previos a su habilitación como oficiales. Durante el tiempo transcurrido entre 1828, en que se extinguen las Reales Compañías de Guardiamarinas, hasta la fecha que nos ocupa, los aspirantes a dicha clase habían cursado estudios individualmente y como meritorios, teniendo que acreditar su suficiencia ante una junta de jefes que los examinaba en la capital del Departamento de Cádiz.⁷

Se instaló el Colegio Naval en la población militar de San Carlos dentro de la ciudad de San Fernando, solamente construida a medias por la acostumbrada penuria de nuestra Hacienda, aunque de la comodidad y pulcritud de sus instalaciones nos da noticia el

7 Tres reglamentos tuvo este colegio naval desde su fundación, hasta que en 1867 se dispuso su cierre por superabundancia de alumnos. El primero, del mismo día en que se decretaba su fundación (18 de septiembre de 1844); el segundo, dado por Real Decreto de 29 de noviembre de 1848 con vigencia hasta el 7 de julio de 1855, en que por Real Orden se da el tercero y que ya quedaría hasta el final de este establecimiento. Todos ellos muy parecidos e insuflados con idéntico espíritu.

ilustre historiador Cesáreo Fernández Duro, que precisamente perteneció a la primera promoción de alumnos que allí se formaron. Las salas de estudios eran amplias y espaciosas, y los pabellones de profesores, bien acondicionados. La biblioteca, cuidadosamente formada, conservaba el archivo de personal de las antiguas academias de guardiamarinas y pilotos, y en la sala de juntas presidía un cuadro de la reina Isabel II al que rodeaban las imágenes de los que habían alcanzado gloria y fama en el servicio de la Armada.

El director general de la Armada, en su calidad de inspector nato de la misma, era la principal autoridad del Colegio Naval, fijándose el número de alumnos del mismo en una cifra oscilante entre los ochenta y cien muchachos, exigiéndose la reserva de un número de plazas para hijos de oficiales de la Armada, de suboficiales y de funcionarios de las distintas carreras del Estado que disfrutasen sueldos del tesoro, así como las correspondientes plazas de gracia para quienes fueran acreedores a ellas.

En la organización del régimen del Colegio se aprovechó mucho de la base adquirida en las extinguidas compañías, adoptando muchas de sus denominaciones, y si para la admisión de los futuros aspirantes ya no se hilaba tan delgado en la exigencia de probanzas de nobleza, sí era necesario que la familia del pretendiente por ambas líneas fuese tenida por honrada en concepto público, y comprometiéndose el padre o tutor del alumno a pagar los gastos de carrera.⁸

Desde los ocho años se podía ser pretendiente aprobado, inscribiéndose por rigurosa antigüedad y en diversas listas de preferencia,

8 Una excepción que no deja de ser curiosa y habla por sí sola de la desdichada época por la que tenían que pasar los funcionarios públicos —especialmente los de la Real Armada— era que en atención a los atrasos que en el percibo de sus haberes experimentaban los que pertenecían a la Marina, se establecían dieciséis plazas a proveer entre hijos de oficiales del cuerpo general y sus auxiliares, que quedaban exentos de presentar la escritura u obligación de asistencia. Igualmente se señalaban seis plazas enteramente gratuitas para los hijos de oficiales de la Armada cuyos padres de cualquier grado que fuesen hubieran muerto en combate o naufragio.

según la categoría de los solicitantes, quedando establecido que en los buques de guerra surtos en Cádiz se admitieran, sin obligarles a pagar pensión, los jóvenes que tuvieran concedida gracia para ocupar plaza en el Colegio.

Cuando tales pretendientes seleccionados iban examinándose —bien en junio o septiembre—, los que resultaban admitidos tenían que realizar un periodo de instrucción de tres años y seis meses de duración, divididos en siete semestres, al final de los cuales hacían un examen de reválida para su ascenso a guardiamarina de 2.^a reglamentándose de un modo riguroso el que nadie entrara en el Colegio sin haber sido examinado previamente, y después de haber pasado por un reconocimiento físico, si bien es verdad que los exámenes de ingreso no encerraban grandes dificultades: doctrina, gramática, ortografía, las cuatro reglas... y poco más.

El uniforme de gala de los aspirantes era muy vistoso: levita azul con ancla y corona de oro bordadas en el cuello, chaleco de casimir blanco, pantalón azul o blanco —según la estación—, corbatín de lana negra, sombrero de tres picos con borlas, escarapela y galón estrecho, sable y cinturón de charol. El de diario era más sencillo: gorra con visera pequeña y corona de oro, levita y pantalón. La casaca, antiguo uniforme anterior propio de las compañías de guardiamarinas, había sido suprimida en el Colegio Naval.

No era fácil la permanencia en el Colegio, ya que en tres años y medio tenían que pasar sucesivamente por seis semestres (el séptimo era de repaso general) antes de ser nombrados guardiamarinas. Como primer deber se les exigía «conservar los principios religiosos y morales que hubiesen recibido de sus padres y profesar constante amor al trono y a sus instituciones». No debían de tener vicios, ni siquiera fumar, porque con ello se evitaría «hacer de un pasatiempo una necesidad»; es más, se prohibía fumar en el recinto del Colegio a todo el personal destinado en él sin distinción de clases, se conoce que para hacer realidad el principio de «predicar con el ejemplo». No podían tener periódicos o novelas, y no se permitía a los alumnos confianzas o familiaridades con los sirvientes, pero tampoco debían tratarlos con aspereza o altivez.

El plan de estudios —una vez ingresados— era muy riguroso, dividiéndose las asignaturas en fundamentales y accesorias. Ni que decir tiene que entre las primeras se contaban Aritmética, Álgebra Geometría en sus modalidades (analítica, trigonometría plana y esférica), Mecánica, Física Experimental, Química, Cosmografía, Pilotaje, Geografía y Maniobras; materias que iban haciéndose más ampliadas con el paso de los semestres. Como asignaturas secundarias se contaban los idiomas (Francés e Inglés), la Religión, la Moral, la Artillería y la Construcción Naval. Las clases de baile y esgrimas, tan propias de la enseñanza dieciochesca, habían sido eliminadas.

Cuando los aspirantes recibían la carta-orden de guardiamarina de 2.^a clase embarcaban en la corbeta de instrucción Isabel II (más tarde se ampliarían a otros buques), donde después de cuatro años de permanencia a bordo y previo examen de suficiencia, ascendían a guardiamarinas de primera clase, diseminándose por los buques de la escuadra, hasta que tuviesen vacante de oficial, en que debían marchar (aunque no siempre se hiciera) nuevamente al Colegio Naval para examinarse de alférez de navío, siempre que tuviesen seis años de embarco en buques armados. Como puede observarse, la formación del oficial de Marina no era empresa fácil en aquellos años de exigencia y dedicación al servicio de las armas.

En estas condiciones y bajo estas premisas, ingresó Pascual Cervera en el Colegio Naval Militar de San Fernando el 30 de junio de 1852, obteniendo la carta-orden de guardiamarina el 9 de julio de 1855, después de haber obtenido sobresaliente en los exámenes de repaso.

Embarcó de inmediato en el vapor Velasco una reliquia de casco de madera, movida a ruedas y sin más defensa que un débil forro de cobre, pero no permaneció mucho tiempo a bordo, pasando al vapor Castilla —otra vieja antigualla— y a los vapores Lepanto y Santa Isabel; corbeta Villa de Bilbao; fragata Bailén, y navío Isabel II, en el que hizo su primer viaje a La Habana, durante el cual tuvo que preparar el examen para guardiamarina de primera clase que superó con la nota de «Muy aprovechado». En el Apostadero de La Habana continuó su aprendizaje en el bergantín Habanero y la fragata Berenguela y volviendo al navío Isabel II. El auténtico desbarajuste

orgánico que primaba en la Armada en esas fechas hizo que el joven Cervera tuviera nada menos que quince transbordos en sus cuatro años de guardiamarina, y aunque a punto estuvo de ver truncada su carrera por el vómito negro, tan frecuente en los climas tropicales, en su vuelta a España ya era un mozo formado y experimentado en las maniobras marineras. Dos años en las Antillas habían moldeado su carácter en el sentido de responsabilidad que fue meritoria constante a lo largo de su vida.

Una vez en España, Cervera fue destinado a la fragata Princesa de Asturias y después al vapor Vasco Núñez de Balboa. Son los tiempos de la llamada guerra de África y en que tiene ocasión de participar en el bloqueo de Larache y bombardeo de los fuertes de Río Martín. El brigadier Díez Herrera, jefe de la escuadra de operaciones, observa complacido el bautismo de fuego del todavía guardiamarina, que antes de obtener el despacho de alférez de navío todavía embarca en el bergantín Patriota y la fragata Perla que manda precisamente su tío don Ramón Topete. Se le ha concedido la gracia de seis meses de adelanto en el examen, atendiendo a las excelentes notas e informes de sus comandantes.⁹ Investido de los galones de alférez de navío —un joven oficial de veintiún años—, la elección de destino no es dudosa para Pascual Cervera. Lo subyuga la lejanía de Filipinas, donde España defiende su soberanía con escasos medios y en un clima de duras tensiones en lucha con piratas malayos, rebeldes *dattos* y filibusteros tagalos. En vano intenta disuadirlo su tío Ramón Topete, que lo ha tenido a sus órdenes en la Perla con razonados consejos familiares que quieren encaminarlo hacia mares y costas menos peligrosos. La decisión es firme. Solo falta el medio adecuado para ejecutarla.

De siempre han estado las Filipinas muy lejos de España. De siempre sus comunicaciones fueron difíciles y complicadas. Hay que

9 En la campaña de África de 1860 la Marina desempeñó un papel de importancia, sobre todo en la labor de aprovisionamientos, como refiere Alarcón en su famoso *Diario* al relatar los apuros por los que pasó el ejército expedicionario en este aspecto.

conocer e interpretar bien las derrotas; encarar vientos, monzones, corrientes; marcar rumbos y medir distancias, pero tales dificultades parecían hacer poca mella que en aquellos barquitos tanta historia hicieron, que iban y venían desde el Lejano Oriente a la Península y que eran —en aquella dimensión histórica— presencia viva y permanente en unas islas todavía españolas.

En uno de esos barquitos, la goleta Valiente, embarcó Pascual Cervera para incorporarse a su nuevo destino emprendiendo viaje junto con otra goleta, la Animososa, compradas por el Gobierno español y destinadas a los servicios en el Pacífico. Sus propios nombres parecían alentar a una confianza que estaba muy lejos de ser real, porque lo cierto es que los barcos eran muy modestos y dotados de escasas condiciones marineras.

La conexión Península-Filipinas a través del cabo de Buena Esperanza, cuando aún no estaba abierto el canal de Suez, resultaba difícil y complicada. La derrota desde Cádiz a las Filipinas podía hacerse a favor del monzón o en su contra, y así mismo la de vuelta, la de Manila a Cádiz también tenía en cuenta las mismas facetas. Los itinerarios pueden variar en una y otra circunstancia, según las estaciones en que se emprenden, monzones que reinen y práctica que se tenga de los mares en que se navega.

Dirigirse por tanto a Filipinas en aquellas pequeñas naves, a través de una navegación de más de cuatro mil millas, atravesando el Atlántico, doblando el cabo de Buena Esperanza y remontando el Índico hasta llegar a su problemático destino, exigía grandes dosis de pericia, náutica, valor y sangre fría a toda prueba. En su hoja de servicios consigna el viaje en términos muy escuetos. Salida de Cádiz el 14 de septiembre de 1860 y fondeo en Cavite el 18 de marzo del siguiente año. Pero las vicisitudes y acaecimientos de aquella peligrosa travesía no pueden pasarse por alto.

Las singladuras hasta Cabo Verde y Río de Janeiro se cubrieron con normalidad impulsados los barcos por las suaves brisas hasta la zona de las calmas tropicales, pero, apenas salidos de estas desesperantes aguas, el comandante de la Valiente —teniente de navío Croquer— falleció inesperadamente y su cuerpo tuvo que

ser sepultado en la inmensidad del mar. El buque quedaba huérfano de dirección cuando más la precisaba, pues ya el terrible cabo de las Tormentas y su lastre inevitable de tempestades estaban a pocas singladuras.

Del mando de la Valiente se hizo cargo el alférez de navío Carrasco, como más antiguo, y los dos restantes, Cervera e Izquierdo, tuvieron que llevar todo el peso del servicio turnándose a dos guardias multiplicando sus esfuerzos para no ser arrastrados por los vientos huracanados, olas gigantescas y el temible «baguio» que buscaba su presa en los débiles barquichuelos. Así transcurrieron varias semanas con las dos goletas navegando «a la capa» y mar afuera para no destrozarse sobre los escollos del monte del Diablo, sufriendo increíbles penalidades y estando a punto —en no pocas ocasiones— de no rendir viaje. Pero mar y viento son siempre cambiantes, y el mismo ciclón contra el que tan denodada y arriesgadamente habían luchado los empujó hacia el puerto de Cavite con más rapidez y fortuna de la que pocos días antes hubiera podido predecirse.

Seis meses después de su salida de Cádiz, las dos goletas maltrechas pero a salvo reparaban averías y reponían pertrechos en el arsenal de Cavite, y Pascual Cervera, marino ya de recio temple, se familiarizaba y atemperaba a las Filipinas, en las que muy poco tiempo más tarde iba a enriquecer su hoja de servicios con hechos memorables.

Una vez reparada, Valiente fue destinada a las llamadas Fuerzas Navales del Sur, que tenían su base en Zamboanga, en la isla de Mindanao, y estaban al mando del capitán de fragata don Casto Méndez Núñez. Cervera sigue a bordo y, aunque se le conferirá más tarde el mando del cañonero Taal, la toma de la cota de Pagalugán es el punto de partida de la gloria militar del joven oficial en sus servicios en Filipinas, ya que, si la Marina se distinguió notablemente en aquella operación combinada, Cervera se destacó singularmente al frente de la fuerza de desembarco de la Valiente.

Antes de entrar en detalles de tan brillante como efectiva acción, es preciso situarse sobre la problemática filipina y sus intentos desestabilizadores. Mientras que España permaneció en aquellas tie-

rras tan lejanas e incomprensibles mantuvo su dominación en el litoral con no pocos esfuerzos, no controlando en la acepción de la palabra las zonas interiores pobladas por etnias belicosas ajenas a cualquier tipo de civilización, si bien la huella benéfica de los misioneros, únicos blancos que pisaron esos bosques seculares, se dejaron ver con fruto en los poblados y rancherías de moros o tagalos pobladores de aquellas soledades.

Estratégicamente el archipiélago filipino está ventajosamente situado sobre el Pacífico y tiene a dicho océano al este y como posición avanzada en el mismo las islas Marianas. Al nordeste se encuentra el Imperio del Japón, y por el norte, la isla Formosa; al oeste, el mar de la China y el imperio de su nombre, extendiéndose por el suroeste las costas de la Conchinchina y la gran península de Malaca, sobre cuyo extremo meridional está situada la entonces colonia inglesa de Singapur. Por último, limitan por el sur la isla de Borneo, las Célebes, las Molucas y todo el intrincado dédalo de tierras conocido con el nombre de Malasia.

Fácil es pues comprender los peligros y asechanzas a las que han estado expuestas las islas Filipinas desde los primeros tiempos de la ocupación de los españoles, teniendo que luchar con los celos de los portugueses, la codicia de Holanda, la temible vecindad de los piratas chinos, y los robos, saqueos y depredaciones de los no menos incómodos de Borneo y Joló y demás islas meridionales, que a veces en verdaderas y organizadas expediciones llevaron el luto y el terror hasta las mismas puertas de Manila.

Es evidente la notable influencia que los frailes ejercieron sobre las razas indígenas, que se levantaron con su ayuda numerosas veces para rechazar las frecuentes invasiones de piratas chinos y japoneses, que no ya con pequeños buques, sino con formidables armamentos navales, atacaron aquellas costas, entrando a sangre y fuego hasta la misma capital del archipiélago. Así ocurrió desde los primeros tiempos de la ocupación española, puesto que en 1574 el pirata chino Lima-Hong atacó a Manila con 130 buques y 40.000 hombres, llegando a entrar en la capital donde fue pasado a cuchillo el maestro de campo Martín de Goiti, pero los frailes de San Francisco ani-

maron de tal modo a los indígenas que, rehaciéndose, dieron tiempo a que acudiera Guido de Salazar y el capitán Juan de Salcedo, que batió al día siguiente a los invasores quemándoles la mayor parte de su escuadra.

También en 1603 fueron los religiosos los que descubrieron la gran conjuración de chinos y japoneses que con Eng-Cang al frente llegaron a poner cerco a Manila, pero, gracias al esfuerzo de Luis Damariñas y a la intrepidez del lego agustino fray Antonio Flores, antiguo soldado de Lepanto, fueron batidos los insurrectos y perseguidos por las provincias de Batanga y la Laguna, donde perecieron en gran número.

En los siglos posteriores hasta llegar al XIX se mantuvo la incierta situación de aquellas islas. Amenazadas constantemente por las invasiones del exterior; en lucha con Portugal y Holanda que nos disputaban el terreno, y acometido sin cesar por el sur por los piratas de Borneo y Joló, ha sido verdaderamente prodigioso el poder sostener las Filipinas durante más de tres siglos si se tiene en cuenta que nunca hubo allí más que un puñado de soldados españoles y una serie de barcos, la mayoría de ellos obsoletos, insuficientes para mantener el control no ya sobre las guarniciones y presidios de tan inmensos territorios y la vigilancia de tantas y tan intrincadas costas, sino para la propia protección de Manila o el mantenimiento de apostaderos como el de Cavite.¹⁰

A pesar de la precariedad y el abandono a los que siempre estuvieron abocadas las Filipinas con escasa y mala cobertura naval, es evidente que, cuando pudo mejorarse el material de la Marina militar reemplazándola con buques de vapor, se pudo ocupar Basilan, destruir Balanguingui, hacer la expedición a Joló y establecerse en el río Grande de Mindanao. Fácil es comprender que, debido a la característica de los teatros de operaciones, la Marina es la que car-

10 La llamada Marina sutil de Filipinas sostuvo frecuentes y perjudiciales pleitos con la Marina Real. Sin embargo no hay que desconocer ni subvalorar los meritorios servicios que los «sutiles» prestaron en aquel intrincado laberinto de islas.

gaba con la parte más dura de la lucha, y en ella encontraremos a Cervera en meritorias actitudes.¹¹

Son muy numerosas las acciones navales y anfibias de la guerra contra la piratería en Filipinas, pero hay una específicamente que merece destacarse por la destacada participación de Cervera en la misma y que es el de la toma del fuerte o cota de Pagalugán en Zamboanga, operación realizada conjuntamente con el ejército al mando del gobernador de Mindanao coronel Ferrater y las fuerzas de Marina dirigidas por Méndez Núñez que lleva como oficiales a sus órdenes al teniente de navío José Malcampo, comandante de la goleta *Constancia*; al alférez de navío Patricio Montojo, y al propio Pascual Cervera. La operación es arriesgada, ya que se trataba de conquistar y destruir la cota o fuerte que los moros de Mindanao, de legendaria ferocidad y rebeldes siempre a la penetración española y bajo los impulsos de su cabecilla principal, el sultán de Buayan o *datto* Maghuda, habían levantado a orillas del río Grande de Mindanao para controlar toda aquella zona y neutralizar toda navegación que no fuese la suya propia. Ya la construcción del fuerte constituía un insulto a los tratados de amistad establecidos, pero otra amenaza no menor —y que Méndez Núñez no ignoraba— eran los tratos y subterfugios secretos que dicho reyezuelo concertaba con los holandeses, desde la peligrosa vecindad de sus posesiones en Borneo, Java y Sumatra.¹²

Para batir la fortaleza por mar, Méndez Núñez contaba con 500 soldados concentrados en Cottabato y con una escuadrilla integrada por los vapores de vela *San Vicente*, *Soledad* y *Scipion*; las goletas de hierro *Constancia* y *Valiente*; los cañoneros *Arrayán*, *Pampanga*, *Luzón* y *Taal*, y algunas faluas de remo. Por su parte, la fortaleza a

11 Un ministro de Marina, don Santiago Durán y Lira, proyectó un ambicioso plan de construcciones navales para la defensa y protección de las Filipinas, que no pudo llevarse a cabo, como casi siempre, por falta de medios presupuestarios.

12 Según el historiador Lafuente, los holandeses conocían bien la importancia de aquel archipiélago y no disimulaban sus pretensiones de establecerse en alguna de sus islas si las circunstancias les favorecían.

destruir estaba bien artillada y defendida con cañones de mediano calibre y con la avanzadilla de una talanquera o bloque de gruesos troncos de árboles entrelazados para cerrar el río a la navegación e impedir el paso a los cañoneros. Un foso delantero de amplia holgura y camuflado de ramas y malezas para hacer caer en él a los que se aventurasen completaba su impunidad.

Méndez Núñez dispuso la salida de la expedición en las primeras horas de la mañana y enarboló su insignia en la *Constancia* que, junto con la *Valiente*, figuraba en la primera línea de ataque. Las dotaciones de desembarco esperaban solo el momento del ataque y el duelo se inició violentamente apenas estuvo a tiro de cañón la escuadrilla. Desde el fortín se mantenía un fuego vivísimo pero que no impidió que, fondeados los barcos, saltasen a tierra dos compañías del Ejército reforzadas después por una de Marina, para tomar conocimiento del terreno, pero apenas pudieron abrirse paso por lo fangoso del mismo. La compañía de Marina estaba al mando del teniente de navío Malcampo, y en ella iba Cervera al frente de la tropa desembarcada de la goleta *Valiente*.

Hubo entonces que hacer un reconocimiento de mayor riesgo escudriñando el río y sus recovecos palmo a palmo desde botes armados de las goletas, y tal reconocimiento practicado personalmente por Méndez Núñez y Cervera dio el parecer unánime de que había de emprenderse una acción combinada por mar y tierra despreciando los grandes peligros que ello acarrearía. El plan quedó enseguida trazado y se esperó como mejor momento la oscuridad de la noche para ejecutarlo.

Los diferentes historiadores —Aldama y Pirala entre ellos— que han estudiado con mayor detalle los hechos de armas de España en Oceanía coinciden en términos de una manifiesta admiración por este combate de Pagalugán, en que el arrojo indomable de los contendientes, de una parte, y el encarnizamiento e incertidumbre de la lucha, de otra, lo convierten en un episodio lleno de valor y de heroísmo. La operación comenzó a las tres de la mañana en plenas sombras de la oscura noche filipina. Tres secciones de desembarco al mando del teniente de navío Malcampo ganaron en silencio tierra

firme y emplazaron adecuadamente unas piezas de artillería ligera de la expedición. Los soldados llevaban escalas de cuerda como en los tiempos medievales, para el asalto del fortín, y mientras tanto los pequeños cañoneros Arayat y Pampangá situados en vanguardia protegían la salida, arremetiéndolo poco más tarde contra la talanquera, forzando la entrada del río, hasta colocarse a escasa distancia del fuerte al que comenzaron a batir con nutrido fuego.



Asalto a la cota de Pagalugán (Zamboanga).

En tierra Malcampo y Cervera avanzaron asumiendo los riesgos de acercarse al foso los dos cañones disponibles encontrando salvaje resistencia a cada paso, sucediéndose interminables las horas de lucha y aumentando la pérdida de hombres, sin ningún provecho práctico. Precisaba tomarse una decisión extrema, y esta la

halló Méndez Núñez, en una acción que a no pocos podría parecer descabellada por cuanto suponía apoderarse con un barco de una posición atrincherada. Subió por tanto a la Constancia, arengó a su dotación, les mandó asegurarse bien en crucetas, vergas y bauprés, y levando y dando el mayor impulso a las máquinas embistió con el buque sobre la posición enemiga, rompiendo con el bauprés la empalizada del fortín y pasando «al abordaje» las fuerzas a través del mismo. El estupor causado a los defensores por la increíble acción permitió a los atacantes arrimar las escalas de asalto y coronar el parapeto ya batido antes por los cañoneros.

Cayó Malcampo gravemente herido de un balazo, y el mando de la marinería desembarcada pasó a Cervera, que bien pronto se encontró en una situación crítica, pues, agotadas las municiones de su revólver, combatía únicamente con el sable, en desigual cuerpo a cuerpo por el número de enemigos que lo rodeaban. Acorralado, resbaló sobre el fangoso suelo, y mal lo hubiera pasado de no haber intervenido decisivamente el joven marinero de la Valiente Sebastián Llanos, que, en el mismo momento en que un moro malayo se disponía a descargar sobre Cervera un golpe de criis, hundió sin vacilar su bayoneta sobre el pecho del pirata salvando de una muerte cierta a su oficial.¹³

Cervera siguió luchando, persiguiendo con su gente a los moros ya en franca retirada, y al divisar a uno de los principales cabecillas que huía con la bandera que horas antes había ondeado en el fuerte, se lanzó contra él, arrebantándosela, sin que pudieran evitarlo los que la protegían; y con ella atada a la cintura y a mandoblazo limpio se deshizo de sus últimos atacantes. Con la bandera a guisa de fajín se acercó a rendir la novedad a Méndez Núñez, quien, al ver los tremendos desgarrones en el uniforme y las huellas de combate en todo su cuerpo, creyó preocupado que estaba herido, sobre todo al fijarse en la bandera anudada en su cintura. Cervera le refirió el hecho y su deseo de guardarla como recuerdo, pero Méndez Núñez,

13 Cervera, en gratitud, redimió a este marinero del servicio y le pasó una pensión vitalicia mientras vivió, y que su familia se encargó de hacer efectiva.

con no poca emoción ante un acto al que las leyes militares califican de heroico, se la reclamó para su envío al Gobierno como preciado trofeo de la brillante acción.¹⁴

Y el Gobierno en esta ocasión no fue remiso en la justa recompensa a Pascual Cervera y sus valientes compañeros. Méndez Núñez, Malcampo, Montojo y el propio Cervera fueron ascendidos a sus inmediatos empleos por méritos de guerra. El fuerte de Pagalugán fue derruido, ya que por su situación no convenía a los españoles conservarlo. Pero las pérdidas españolas también habían sido muy sensibles, y sobre el abatido fortín se alzó una cruz de hierro en recuerdo y homenaje a los que allí dieron su vida por España.

Poco más tarde la escuadrilla que tan brillantemente se había batido en la cota de Pagalugán recibió órdenes de dirigirse al mar de las Célebes, con la misión de ir limpiando de piratas aquellas islas. En la Valiente seguía navegando Cervera, pero, habiendo desembarcado por enfermedad el comandante del cañonero Taal, se le ordenó tomar interinamente el mando interino de dicho buque. Era su primer mando a bordo que lo llenaba de íntimas satisfacciones, pero ya era a pesar de su juventud un marino curtido y experto y un soldado de valor demostrado. El cañonero apenas parecía una imagen romántica, como arrancada de una antigua litografía, pero Cervera se identificó pronto con él y en el año escaso en que fue su comandante lo gobernó con responsabilidad y destreza. Su principal campo de operaciones fue precisamente el sur de Mindanao y el río Grande, lugares que tan bien conocía, siendo sus comisiones muy meritorias, pues a la lucha inclemente contra los piratas había que sumar batallas de no menor importancia contra el hambre y las enfermedades tan frecuentes en aquellos parajes inhóspitos y deshabitados.¹⁵

Al incorporarse nuevamente al Taal su comandante en propiedad, Cervera fue transbordado al Reina de Castilla, buque dedicado

14 Durante algún tiempo esta bandera se conservó muy deteriorada en el Museo Naval, hasta que se convirtió prácticamente en polvo.

15 Lo más incómodo de todo era la lucha contra los mosquitos, verdadera plaga que formaba en aquella cuenca pantanosa un peligroso foco de paludismo. Su picadura dolía como un auténtico pinchazo.

a los levantamientos hidrográficos en aquella complicada como desconocida geografía. Ya luce los galones de teniente de navío y se nos presenta en esta nueva faceta estudioso y paciente, dedicado a una importante labor que encaja muy bien en el marco de sus aptitudes y aficiones. Admira pensar cómo pudo llevarse a cabo en Filipinas el levantamiento de planos y parcelarios con los medios con que se contaba y siempre bajo la amenaza de los temporales violentos, los terribles baguios y vientos huracanados, y el peligro de los piratas moros que llegaban en sus correrías a sitios muy lejanos de sus bases atacando a los hidrógrafos que a menudo tenían que cambiar sus instrumentos científicos por las armas. Las palabras *tesón*, *esfuerzo* y *sacrificio* son las que mejor describen estas casi dos mil islas estudiadas con elementos escasos y defectuosos en una casi imposible cartografía.¹⁶

Más de ocho meses duró la campaña hidrográfica de Pascual Cervera en la que mereció los elogios de sus superiores, especialmente del sabio geógrafo don Claudio Montero, que le otorgó una confianza ilimitada, de tal manera que a su reembarque para la Península se dispuso de Real Orden se anotara en su hoja de servicios los méritos científicos de los que había hecho gala.

Provechosos fueron sin duda para Pascual Cervera estos años de juventud, en los que curtió su ánimo en sus destinos en Filipinas, duros e incómodos, tan diferentes de los apacibles de los departamentos o de la Villa y corte. Volveremos a encontrarlo nuevamente en Cuba y Filipinas en otros cometidos de responsabilidad y peligro. Pero antes, en España, tendrá que hacer frente a nuevas exigencias que demandan su participación en hechos y actitudes no menos meritorias.¹⁷

16 Aquellos levantamientos fueron bautizados como *Hidrografía de guerra* por don Víctor Concas.

17 Su viaje de regreso en un vapor de la Compañía Inglesa Peninsular y Oriental también estuvo lleno de dificultades por los temporales que sufrieron y el tiempo de retraso adquirido por tal causa. Para Cervera fue una buena ocasión de perfeccionar el inglés con otros pasajeros, idioma que ya conocía bastante.



Pascual Cervera en 1868.

Bibliografía

Solo se hace referencias a las «principales obras» que han complementado el estudio de la vida del almirante Cervera.

- ARDERIUS, F.- *La Escuadra española en Santiago de Cuba.*
AZCÁRATE, P.- *La guerra del 98.*
BORDEJÉ, F. F.- *Vicisitudes de una política naval.*
— . *Crónica de la Marina Española en el siglo XIX (II).*
CARR, R.- *España 1808-1939.*
CARRERO BLANCO, L.- *España y el mar.*
CEBRIÁN Y SAURA, J.- *Páginas gloriosas de la Marina española.*
CEREZO, R.- *Armada española.*
CERVERA JACOME, J.- *El Panteón de Marineros Ilustres.*
CERVERA PERY, J.- *El almirante Cervera: Vida y aventura de un marino español.*
— . *Marina y política en la España del siglo XIX.*
CERVERA TOPETE.- *Colección de documentos referentes a la Escuadra de Operaciones de las Antillas.*
CIERVA, R.- *Historia básica de la España actual.*
CONCAS PALAU, V.- *Sobre las enseñanzas de la guerra hispano-norteamericana.*
— . *La Escuadra del Almirante Cervera.*
DE LA VEGA, A.- *Aspectos navales del 98.*
DÍAZ PLAJA, F.- *Historia de España en sus documentos.*
FERNÁNDEZ ALMAGRO, M.- *Política naval de la España moderna y contemporánea.*

- . *En torno al 98.*
- . *Historia política de la España contemporánea.*
- IBAÑEZ DE IBERO, C.- *Historia de la Marina de Guerra española.*
- ISEM, D.- *El desastre nacional y sus causas.*
- JOVER ZAMORA, J. M. y REGLÁ Y SECO SERRANO.- *Introducción a la Historia de España.*
- JUSTINIANO Y MARTÍNEZ, M.- *Sicografía del almirante Cervera.*
- MAHAN, A. T.- *La guerra naval y sus enseñanzas.*
- . *La influencia del poder naval en la Historia.*
- PALACIO ATARD, V.- *La España del siglo XIX.*
- PÉREZ DELGADO, R.- *1898: El año del desastre.*
- PI Y MARGALL, F.- *Historia de España en el siglo XIX.*
- PIRALA, A.- *Historia de España.*
- RISCO, V.- *Apuntes biográficos del Excmo. Sr. Don Pascual Cervera Topete.*
- . *La escuadra del almirante Cervera.*
- RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, A. R.- *Política naval de la Restauración.*
- SERRANO MONTEAVARO, M. A.- *Fernando Villaamil.*
- TAVARES, R.- *De Cavite a Santiago.*
- TUÑÓN DE LARA, M.- *La España del siglo XIX.*
- VÁZQUEZ DE ALDAMA.- *España en Oceanía.*

Además se han consultado trabajos de seminarios o incluidos en la *Revista General de Marina, Revista de Historia Naval y Cuadernos Monográficos* del Instituto de Historia y Cultura Naval, de eminentes tratadistas como Elíseo Álvarez Arenas, Carlos Martínez Valverde, José M.^a Treviño, José Ignacio González Aller, Emilio de Diego, Miguel Alonso Baquer, José M.^a Blanco Núñez, Pedro José Giner Lara, Javier Rubio, Hermenegildo Franco Castañón, Manuel Gracia, Hugo O'Donnell, Consuelo Naranjo, José Andrés Gallego, Manuel Allende-Salazar, Leandro Tormo, etc., etc.

El autor quiere hacer constar su gratitud al Ilmo. Ayuntamiento de Medina Sidonia; en especial, a la señora María José Dávila, encargada del Archivo Municipal, por las facilidades otorgadas para la consulta de la importante documentación archivada.

Igualmente, agradecer a Belén Fernández Fuentes y María del Mar Cervera Muñoz su colaboración en los trabajos de informatización del texto.

La obra de José Cervera Pery

(Incluye toda su trayectoria literaria sobre historia, narrativa, derecho, reportaje y poesía)

- *Entre la seda y el sol (Versos de la fiesta brava)*. Madrid, 1955.
- *Reportajes Ecuatoriales*. Imprenta Babón. Santa Isabel de Fernando Poo, 1960.
- *Por la España del Trópico*. Imprenta Babón. Santa Isabel de Fernando Poo, 1962.
- *África, sugestión de cada día*. Ediciones V. Santa Isabel de Fernando Poo, 1964.
- *Corazón en la espuma*. Madrid, 1965.
- *La Marina española en Guinea Ecuatorial (Sentido y grandeza de una proyección histórica)*. Editorial Naval, 1968.
- *El almirante Cervera: vida y aventura de un marino español*. Prensa española. Madrid, 1972.
- *Alzamiento y revolución en la Marina*. Editorial San Martín. Madrid, 1978.
- *Marina y política en la España del siglo XIX*. Editorial San Martín. Madrid, 1979.
- *La problemática de la pesca en el nuevo Derecho del Mar*. Servicio de publicaciones del Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación. Madrid, 1984.

- *La estrategia naval del Imperio (Auge, ocaso y declive de la Marina de los Austrias)*. Editorial San Martín. Madrid, 1982.
- *OTAN-Pacto de Varsovia ¿Alternativa o exigencia?* Editorial San Martín. Madrid, 1982.
- *La Marina de la Ilustración*. Editorial San Martín. Madrid, 1986.
- *Don Álvaro de Bazán: el gran marino de España*. Ediciones de la Empresa nacional Bazán. Barcelona, 1988.
- *La guerra naval española 1936-39*. Editorial San Martín. Madrid, 1988.
- *La Marina Mercante española: Historia y circunstancia*. Editorial San Martín. Madrid, 1990.
- *Sonetos de mar y amor para decir en Rota*. Rota, 1990.
- *Seis cuentos de la Isla y un pórtico viajero*. San Fernando, 1991.
- *El poder naval de los reinos hispánicos (La Marina de la Edad Media)*. Editorial San Martín. Madrid, 1992.
- *La Marina española en la emancipación de Hispanoamérica*. Fundación Ignacio Larramendi. Madrid, 1992.
- *El Derecho del Mar (De las bulas papales al Convenio de Jamaica)*. Editorial Naval. Madrid, 1992.
- *Callejón de la Memoria (postales del recuerdo isleño)*. San Fernando, 1994.
- *Juan Bautista Topete: Un almirante para una Revolución*. Ministerio de Defensa. Madrid, 1995.
- *La Casa de la Contratación y el Consejo de Indias*. Ministerio de Defensa. Madrid, 1997.
- *La Guerra Naval del 98 (a mal planteamiento, peores consecuencias)*. Editorial San Martín. Madrid, 1998.
- *El Almirante Cervera (Un marino ante la Historia)*. Editorial San Martín. Madrid, 1998.
- *Oscuro acontecer*. Diputación Provincial de Guadalajara. Madrid, 1998.
- *Mar presencial*. Endymion. Madrid, 1998.
- *Una luz inalcanzada*. Ed. Epígono. Alicante, 2002.
- *Juan Sebastián de Elcano (Embajador y Navegante)*. Lunwerg. Barcelona, 2002.

- *El Panteón de Marinos Ilustres (trayectoria histórica, reseña bibliográfica)*. Ministerio de Defensa. Madrid, 2004.
- *Reding: Una vida al servicio de España*. Fundación Cervera-Figares. Madrid, 2008.
- *Historiografía de la Guerra española en el mar*. Ed. Aglaya. Cartagena, 2008.
- *Avatares de la guerra española en el mar*. Ed. Noray. Barcelona, 2011.
- *Relatos de la casapuerta*. Fundación Cervera-Figares. Madrid, 2011.
- *De la sustancia a la anécdota*. Print House. Madrid, 2016.